

en Yucatán, le dijo el Señor, sal y luz, y practicando lo que enseñares, serás grande en el reino de los cielos. »

§ VI.

20. Venerables hermanos y amados hijos : hombre de vida espiritual, el Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. Rodríguez de la Gala, se mantuvo en la continua presencia de Dios y en santa simplicidad, mortificándose en todo, pues aun en la pobre y parva comida, que por condición natural y por hábito no quería ni podía alterar, buscaba la manera de atormentar su escaso apetito, observando ciertas abstinencias todos los miércoles, viernes y sábados del año.

Imposibilitado en el postrer período de su enfermedad, (consunción tísica), de celebrar el santo sacrificio de la Misa y de cumplir con el rezo del oficio divino, no solo reduPLICó en recompensa su oración vocal y mental, sino que su vida toda fué yá más una continua oración, oyéndosele constantemente prorumpir, con especial acento de unción, en ardientes jaculatorias y aspiraciones, dándose grandes golpes de pecho con notable excitación nerviosa, y haciendo humildes postraciones con que acompañaba sus fervorosos gemidos de amor divino ; bastando mirarle, para echar de ver al punto por aquellos actos, por la cruz constantemente formada del pulgar é índice de ambas manos, por la expresión del semblante y la posición del cuerpo, de rodillas ó profundamente encorbado, que solo se encontraba en la tierra su parte material, mas su espíritu elevado al cielo, reconcentrado en Dios.

Sin embargo, ese espíritu lleno de candor, lo purificaba en el tribunal de la penitencia con método tan puntual

y frecuente, cuanto que uno de sus últimos padecimientos vino á ser el de los escrúpulos de conciencia, y esa especie de oscuridad con que suele Dios probar á sus más escogidos siervos en los misteriosos senderos de la vida espiritual; y, si como débil creatura, él se sentía agobiado bajo las torturas de esa como enfermedad, que lo es á un tiempo del alma y del cuerpo, y en que los atacados de ella, si no saben dirigirse, padecen más y hacen padecer no poco á cuantos con ellos tratan, nuestro Venerable héroe, que tenía luz en su oscuridad, *lux in tenebris lucet* (1), sabiendo como gran teólogo, que la ciega obediencia es la regla y la medicina indispensable, sujetábase en todo y por todo aun á las más pequeñas indicaciones de su confesor ; no daba paso sin previa consulta, rebuscando consejos para todo, y aun hubiera querido ocurrir, principalmente para asuntos del Gobierno, en cada caso, si esto le hubiera sido posible, á la consulta del Rvdmo. Metropolitano, de las Sagradas Congregaciones romanas y del mismo Padre Santo, como en efecto lo verificó para todos los asuntos de alguna importancia ó gravedad.

21. Esta vida tan santa era la preparación de su santa muerte, de este triunfo en la carrera de la vida, como dice San Pablo: *Omnes quidem currunt. . . ut coronam accipiant* (2). Enfermo como él había estado desde su infancia, y preparado siempre para la muerte, se maravillaba de haber no solo llegado á los setenta años, sino de haber pasado de ellos, cuando había esperado á lo más, siendo joven, poder celebrar su primera Misa y seguidamente presentar al Señor el sacrificio de su existencia. Anciano, yá con más razón, esperaba cada dia á la muerte ; pero acostumbrado á esta práctica y al mismo mal estado de su salud, é ignorando el carácter de gravedad extrema á que su habi-

(1) Joan. I.

(2) I Cor. 9.

Ecce currus igneus, et equi ignei dividerunt utrumque, et ascendit Elias per turbinem in caelum. (1) Hemos, pues, clamado en alaridos de acerba angustia como Eliseo, que viendo desaparecer á Elías exclamaba con estas palabras: ¡Padre mío, Padre mío, carro de Israel y conductor suyo, ay de mí sin tí! ¡Ve en paz, oh Padre y Maestro, que con tus oraciones eras para Israel su carro de guerra, su ejército, su caballería y su fuerza!...

Y viendo Eliseo, que á pesar de sus clamores, el Profeta desaparecía envuelto en las nubes, asió de sus vestidos y rasgólos en dos partes en fuerza de su aflicción. *Et non vidit eum amplius: apprehenditque vestimenta sua et scidit illa in duas partes.* (2) ¡Oh sí! Herida nuestra alma de dolor ante el carro mortuorio que nos ha arrebatado al anciano Pastor, al Illmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Leandro Rodríguez de la Gala, nuestro Padre y Maestro, hemos sentido rasgadas como en dos partes las telas del corazón, y hemos sido vencido por el llanto y los amargos suspiros!.....

Estas son las cuitas naturales del corazón; pero aparte de las afecciones que agitan á la débil creatura, el un Profeta debía suceder al otro, y á entrambos debía animar un solo y mismo espíritu, el espíritu divino que, ni muere, ni cambia: siempre vive, siempre es el mismo, y donde quiere inspira: *Spiritus ubi vult spirat.* (3) Por esto el pobre Eliseo destinado á suceder al gran Elías, cuando éste le dijo: Pide lo que quieras que haga por tí antes que yo sea quitado de contigo; respondió: Pido que sea duplicado en mí tu espíritu: *obsecro ut fiat in me duplex spiritus*

(1) IV. Reg. II. 11.

(2) Ibid. 12.

(3) Joan. III. 8.

tuus. (1) Como si dijera: Yo que soy tu indigno discípulo y siervo, yo que por mí solo valgo ménos que nadie, necesito más auxilio que tú: alcánzame, pues, doblado espíritu, para que pueda en lugar tuyo encaminar á Israel. Y cuando arrebatado Elías, subiendo en el carro de fuego, cumplió á su discípulo la promesa hecha dejándole caer el manto, Eliseo alzó esta prenda misteriosa, é hiriendo con ella las aguas del Jordán, abriéronse de un lado y otro, y enjugando sus lágrimas pasó por en medio, lleno de la divina gracia y con doblado espíritu, como había pedido, para el cumplimiento de la misión recibida. *Et levavit pallium Eliae, quod ceciderat ei... percussitque aquas et diverse sunt huc, atque illuc et transiit Eliseus.* (2)

25. El nuevo Profeta, pues, el Coadjutor y Sucesor del Profeta, era por decirlo así el mismo Profeta antiguo: Eliseo era Elías, y el pueblo de Israel nada había perdido. ¡Oh, cuánta verdad y cuánta belleza! Más que una figura perfecta y portentosa, esta fué una relevante anticipación de la unidad de espíritu de la Iglesia Católica, en la cual imponiendo Jesucristo Nuestro Señor sus divinas manos sobre sus Apóstoles, les comunicó su espíritu diciéndoles: *Accipite Spiritum Sanctum,* (3) y los puso á regir esta misma Iglesia, especialmente fundada sobre el Príncipe escogido Pedro, como sobre una roca firme, capaz de resistir los embates de todas las tempestades al través de todos los siglos. *Tú es Petrus, et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam, et portæ inferi non prevalebunt adversus eam.* (4) «Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.» *Ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consumationem saeculi.*

(1) IV. Reg. II. 9.

(2) IV. Reg. II. 13.

(3) Joan. XX. c. 22.

[4] Matth. XVI. c. 18.

Como los antiguos Profetas, que aunque se sucedían los unos á los otros, siempre era uno solo el espíritu que los inspiraba, así los Obispos, que son los sucesores de los Apóstoles, y forman juntamente con éstos la realidad de la misión figurativa de los mismos Profetas, se van sucediendo al través de los tiempos, permaneciendo en unidad de espíritu con el Romano Pontífice, sucesor de Pedro, y con todos los demás Apóstoles, como columnas sobre las cuales descansa el Cristo, por manera que, Cristo mismo está en Pedro, en Lino, en Clemente... en Pío IX y en León XIII, y Pío y León identificados en Pedro con Cristo, viven y se perpetúan inmortales como en una sola personalidad con todos los demás Obispos de la comunión católica, y éstos con ellos, sin que bajo este respecto importe nada, absolutamente nada, la muerte individual de Pedro ó de Pío IX, la de este ó aquel Obispo, porque el hilo tradicional de la Sede Apostólica y de todas las demás Cátedras que ella encabeza, no está en el individuo, sino en la legitimidad original de la misión que se le confía por tiempo en la representación social, mística y sacrosanta de la misma Sede que radica en el cielo. Así, Venerables hermanos y amados hijos, aun en el orden natural de la sociedad humana, los individuos vienen y luego desaparecen, sin que por eso digamos que el Estado desaparece ó que muere, toda vez que su autonomía se conserva en la no interrumpida serie de los eslabones, que enlazados, entretejen la cadena viva y permanente de su representación pública administrativa. Así también, en la fuerza natural y propia del mar, se levantan las olas, que coronadas con penachos de blanca espuma, van á morir en la orilla, dejando su lugar á nuevas olas, que vienen igualmente coronadas, y que mueren á su vez en lechos de arena, sin que deje de permanecer el mar, siempre el mismo mar en la propia sucesión de su continuo oleaje.

26. Por tanto, Venerables hermanos y amados hijos, enjuguemos nuestro llanto sobre las huellas de luz del Padre que nos ha sido quitado: no veamos á este Padre al través de una triste tumba, sino contemplémosle en el esplendoroso carro de su triunfo, y en relación con la Sede y el báculo y con el espíritu que á todo esto envuelve como en misterioso manto. Sí, contemplemos este manto del Profeta inmortal, por mas que se encuentre cubriendo en Nos al menor y más indigno de entre vosotros. Eliseo es yá Elías, en virtud de esta mística prenda, con la cual ciertamente se vincula la esperanza del doblado espíritu, que Nos necesitamos para poder encaminar en Israel esta parte de sus nobles tribus, que en Yucatán se nos confía. Eliseo es Elías, é Israel nada ha perdido, antes bien, si el Señor se digna conceder doblado espíritu, á efecto de vuestras oraciones unidas á las nuestras, veréis al hijo, al discípulo, al siervo, hacer cuando menos los mismos prodigios que su Padre, su Maestro y su Señor. La santidad de la Iglesia y su apostolicidad en la unidad é identidad de su espíritu, son la garantía de nuestra fé, de nuestra esperanza y aun de nuestra victoria, porque la fuerza que vence al mundo es nuestra fé: *Hæc est victoria que vincit mundum: fides nostra*, (1) siempre que unidos en vínculos de paz y caridad, penitentes, humildes y confiados, cuidásemos de no ser cortados del místico tronco de que somos felices ramas, en el arbol frondoso de la única santa y verdadera Religión, procurando á la vez no poner obstáculo alguno, para que la savia de vida corra libre por todas las arterias y corrientes de nuestra vitalidad espiritual.

Debeis rogar por Nos muy especialmente, Venerables hermanos y amados hijos, como Nos mismo lo hacemos humilde y constantemente por vosotros todos, porque nuestras obligaciones son, á la verdad, recíprocas. Así como

[1] I. Joan. 5.

tual dolencia había llegado, encontrábase abandonado con sapa indiferencia en las manos del Señor, así para morir presto, como para morir tarde en edad nonagenaria ó secular, si perseveraba la maravilla de una enfermedad continua, que parecía prolongar ella misma los años de una tranquila vejez, cuando Nos, de acuerdo con los médicos y en cumplimiento de un triste deber, hubimos de anunciarle su próxima partida á la eternidad, diciéndole: *Finis venit, venit finis*: llega el término, se acerca el fin. *Tempus breve est*, el tiempo es breve, pero Vos, Venerable Hermano, habeis siempre deseado desataros de la carne corruptible y uniros más estrechamente con Nuestro Señor Jesucristo. *Desiderium habens dissolvi et esse cum Christo*. Decid, pues, con San Jerónimo, á la muerte: *Aperi mihi, soror mea*, ábreme la puerta hermana mía; y exclamad con el anciano Simeon: *Nunc dimittis servum tuum Domine in pace*: Ahora Señor despedes en paz á tu siervo.—Ah! Con qué humildad, con qué obediencia, con cuánta serenidad y cuán devota confianza escuchó nuestras palabras como bajadas del cielo! Juntó las manos sobre el pecho, elevó los ojos al cielo, y pidió el auxilio de los últimos Sacramentos. Recibiólos con el fervor de su gran piedad, hizo la profesión de la fé, pidió públicamente perdón de todas sus faltas, se encomendó á vuestras oraciones, Venerables hermanos y amados hijos, os hizo varias y breves recomendaciones, y levantando trabajosamente la mano, os dió su postrera bendición.

Dirigiéndonos una vez con mirada sonriente, en uno de esos sus postreros días, dijo: Doy gracias al Señor que me concede lo que siempre le pedí: que muera yo sin poseer nada; ninguna clase de bienes temporales de que hacer testamento. Desnudo vine al mundo, desnudo salgo de él. Así es del agrado de Dios, bendito sea su santo nombre: *Nudus egressus sum de utero matris meæ, et nudus revertar illuc...* *Sicut Domino placuit ita factum est: Sit nomen*

Domini benedictum (1). — ¡Santa y evangélica perfección! Haber sabido negarse tan completamente al mundo, negarse á sí mismo, tomar la cruz y caminar en pos de Jesucristo Nuestro Señor! Haber sabido atesorar no las riquezas de aquí bajo, que roban los ladrones cuando la polilla ó la herrumbre no las gasta, sino las del cielo, que se han de gozar por eternidad de siglos! Así, ¡dichoso él! penitente por su vida austera; confesor de la fé por su decir y por su obrar; Pontífice por su representación gerárquica en la Iglesia; supo estar en vela y merecer sempiterno galardón. *Beatus servus quem cum venerit Dominus invenerit vigilantem: amen dico vobis, super omnia bona sua constituet eum* (2).

Supo enseñar y obrar, supo cumplir en todo y por todo, la misión que le fué confiada: ¿qué había, pues, de ser para él la muerte, sino el triunfo del Sacerdote grande y digno, del Pontífice agradable á Dios, puesto por la divina gracia más alto que los Reyes y coronado de gloria? *Ecce Sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo, et inventus est justus... Invenit gratiam coram oculis Domini... Magnificavit eum in conspectu Regum, et dedit illi coronam gloriæ* (3).

Así, Venerables hermanos y amados hijos, concluyó su carrera en presencia de todos nosotros este santo Obispo; así se adurmió en el Señor, la noche y hora que al principio indicamos, exhalando en paz y tranquila serenidad el postrer suspiro, y con él la última plegaria por el bien de la Iglesia, por el bien de la humanidad. ¡Cómo esta muerte no había de ser dulce y santa; cómo no había de ser un triunfo del escogido, una victoria del justo! ¡Y cómo Nos ahora no hemos de hacer su elogio, para gloria de Dios y para edificación nuestra, si el Espíritu Santo quiere que

(1) II. Tim. 4.

(2) Eccli. 44.

(3) Ps. 91.

contemplemos al varón justo como una palma triunfal y floreciente, *Justus ut palma florebit* (1); si quiere que la fama de su siervo se haga inmortal, grabándose en el corazón y en la memoria de todos, y pasando de generación en generación, de siglo en siglo: *Non recedet memoria ejus, et nomen ejus requiretur a generatione in generatione* (2); si quiere, en fin, que todas las naciones celebren la sabiduría que le exalta sobre todo renombre, y le hace merecedor de toda alabanza en la Iglesia: *Sapientiam ejus enarrabunt gentes et laudem ejus enuntiabit Ecclesia!* (3)

22. Mas si bajo el aspecto que acabamos de considerar, no encontramos sino fundados motivos de alegría, por la piadosa persuasión de la eterna dicha de nuestro santo héroe; bajo otro, ya lo hemos dicho, no vemos sino un triste sepulcro, la dolorosa ausencia de un Padre venerado, de un Moises sobre cuyos despojos mortales lloramos, como los hijos de Israel sobre los de su Profeta y Legislador en las campiñas de Moab: *mortusque est Moises servus Domini... fleveruntque eum filii Israel in campestribus Moab triginta diebus*. Y lo que es más, que si ese gran Profeta de la antigüedad, el más favorecido de Dios, que se dignaba conversar con él cara á cara, *facie ad faciem*, como un amigo con otro amigo, no dejó de cometer por fragilidad humana algún pecado, de suerte que para poder entrar con la muerte en posesión de la eterna dicha, que había llegado á merecer en la gracia del Señor, hubo antes de ser castigado, privándole la justicia divina de entrar con el pueblo á la Tierra de Promisión, ¿cómo no hemos de temer algo para el nuestro, y de apresurarnos á pedir con llanto y penitencia, con sacrificios y demás sufrágios, el eterno descanso de nuestro Moises? No sea que tal vez

(1) Loc. cit.

(2) Eccli. 39.

[3] Loc. cit.

se encuentre detenido, siquiera por breve tiempo, en la cárcel del Purgatorio, desde donde acaso levante hoy mismo hácia nosotros su clamoroso grito, diciendo: *Miseremini mihi, miseremini mihi saltem vos amici mei*. Compadeceos de mí, compadeceos de mí, al menos vosotros, amigos míos, hijos míos.—Por tanto, á más de todos los oficios fúnebres que por su alma se han hecho solemnemente en el Palacio Episcopal y en la Sta. Iglesia Catedral, se celebrarán honras con vigilia y Misa de *Requiem* en el primer día privilegiado ó semidoble que pueda aprovecharse en cada una de las Párroquias del Obispado y en todas las demás iglesias en que fuere posible, con más ó menos solemnidad, segun lo permita la pobreza de recursos. Cada uno de los Sres. Capitulares ha debido aplicar seis Misas, conforme á nuestros Estatutos, y una cada uno de todos los demás Sres. Sacerdotes de la Diócesis, conforme á la hermandad establecida; exhortando Nos á todos los fieles á tomar una parte activa, contribuyendo á dichos actos, ó asistiendo á ellos, ó estipendiando especialmente, si pueden, una Misa con el propio objeto, ó rezando al menos un tercio del Santísimo Rosario, estimulando Nos al efecto su piedad con 40 días de indulgencia por cada uno de estos actos ú otros piadosos, que de todas maneras son, por su naturaleza, muy gratos á Dios y utilísimos á las almas de los que fueron. En fin, en la Santa Iglesia Catedral, conforme á costumbre, se repetirán periódicamente las honras por el Prelado difunto hasta que otro le reemplaze.

§ VII.

23. Aunque tiempo ha, Venerables hermanos y amados hijos, que hemos pasado Nos de la edad juvenil, pues ahora contamos medio siglo de existencia; pero con respec-

to al santo Obispo que nos ocupa, que empezó su carrera sacerdotal en el mismo año en que veníamos Nos á la vida (1837), hemos sido siempre como un niño, y también como un siervo indigno, humilde y miserable. ¡Designios inexcrutables del Señor para tanta mayor confusión nuestra, cuanto menos hemos sabido corresponder á tamaño beneficio! Nos, parecíamos destinado á seguir siempre á nuestro Padre y Maestro, no sólo de cerca, sino íntima y estrechamente hasta identificarnos con él. Marchando por delante, él parecía volver la cara y decirnos como Nuestro Señor Jesucristo al predilecto Apóstol Pedro, y como Moises á Josué, ó como Elías á su discípulo Eliseo: "Ven y sígueme." *Veni, sequere me.*

En efecto, escolar, Nos, fuimos subordinado y discípulo suyo siendo él Vice-Rector del Seminario, y nuestro Maestro en todo el curso de Teología de Vísperas. Él había sido más antes en el mismo Seminario, Profesor de Latín y de Filosofía: Nos le seguimos, pues con intervención y anuencia suya, fuimos también después constituido sucesivamente Catedrático de Latín, de Filosofía y de Teología, así de Prima como de Vísperas. Fué Cura Párroco de Santiago, y él nos hizo auxiliar suyo por todo el tiempo que estuvo á su cargo este empleo, para desempeñar por completo en lugar suyo el púlpito parroquial, y en parte la administración de Sacramentos. Fué Canónigo de la Santa Iglesia Catedral, y siendo ya Prelado nos constituyó en la propia dignidad, casi al mismo tiempo que también nos hacía su Secretario de Cámara y Gobierno, elevándonos luego á la de su Vicario General, y por último nos postuló al Soberano Pontífice, aunque después de un año de resistencia nuestra, para que fuésemos constituido Coadjutor suyo. Hizo, pues, en verdad, que le siguiéramos del todo en sus tres grandes jornadas: de la enseñanza, de la administración parroquial y del gobierno de la Catedral y de la

Diócesis entera; como queriendo el Señor que de Nos hiciese la triple prueba de amor, que con respecto á Simon Pedro practicara su Divina Majestad. Nos llamó en pos de él, volvemos á decir, como el Profeta Elías á Eliseo, aunque solo éramos un mísero y adocenado servidor en el místico campo, *in duodecim arantibus*, echando sobre nuestros hombros en signo de divina vocación, el sagrado manto. *Elias reperit Eliseum, filium Saphat, arantem in duodecim jugis boum arantibus unus erat: cumque venisset Elias ad eum, missit palium suum super illum.* "Eliseo, hijo de Saphat, araba con doce yuntas delante de sí, y era uno de los doce obreros que araban. Y pasando Elías por delante de Eliseo, le echó encima su manto." (1)

24. Obró así, porque el Espíritu Santo por boca del Pontífice Sumo, el Gran León XIII, le dijo con respecto á nuestra indigna persona: *Eliseum autem unges Prophetam pro te.* (2) Y así como el humilde Eliseo, una vez asociado por la elección y unción sagrada, con su Padre y Maestro el gran Profeta Elías, hubiera querido no ser jamás separado de él; *Sede hic... Vivit Dominus, et vivit anima tua quia non derelinquam te! Ierunt igitur ambo pariter;* "y Elías dijo á Eliseo: quédate; y éste respondió: ¡Vive el Señor y vive tu alma, que yo no te dejaré! y siguieron caminando juntos;" (3) así Nos, habríamos querido, que jamás nos fuera arrebatado un tan buen Padre y Maestro, y que á ser indispensablemente separado el uno del otro, Nos, antes que él hubiésemos descendido al sepulcro. Empero, el Señor lo quiso de otra suerte, y como el mismo Eliseo, hemos tenido el dolor de ver que nos fuese arrebatado nuestro Maestro y Señor por el espíritu de Dios Vivo, en carro y corceles de fuego, el fuego, decimos, del divino amor.

(1) III. Reg. XIX. 19.

(2) Ibid. 16.

(3) IV. Reg. II. 6.